

PADRE MÍO QUE ESTÁS AMARRADO A ESA COLUMNA

Padre mío que estás amarrado a esa columna, tan fría.

Aquí he venido otro día más para verte. Para sentir en mis pies el frío de los ladrillos de tu templo y el calor del corazón de tu gente.

Hoy es un día especial. Hoy te hablaré en voz alta. El tú a tú que nosotros mantenemos entre dientes yo lo voy a compartir con todos los aquí presentes.

Sí, ya lo sé Señor, es posible que muchos no nos entiendan. Es probable que no entiendan que ante esa imagen de madera, que no es más que un leño con forma divina, yo te vea a ti. Como explicaré que si tú quieres ser de madera serás de madera. Y como entenderán a ese Dios de las pequeñas cosas. El Dios cotidiano de todos los días. Como pensarán algunos cuando me escuchen cosas tan raras como que al ponerme delante de ti, si te veo triste, en vez de un padre nuestro te cuento un chiste. Hay que tener mucha fe para mirarte a los ojos y compartir tu sonrisa. Hoy estás un poquito callao con todas las cosas que me dices siempre. Y creo que te noto hasta nervioso. Qué arte tienes. Haber como cuento yo, que tú estas triste, que estás alegre, que te ríes, que lloras, que sufres, que gimes; y que se te nota un montón, Señor.

Como le digo a la gente que tú estás siempre a mi lado, compartiendo mis vivencias, guiándome por buen sendero. Tú siempre ahí, Señor. Tú siempre conmigo Señor de la Columna, rey de Santiago.

El barrio de los sencillos, de la gente de los callos en las manos. De las casas que se caen de viejas, como casi le pasa a la tuya. Aquí no entendemos de teologías super meditadas, y nunca hemos dado una clase de cristología, ni hemos pedío explicaciones de ná. Pa nosotros Dios,... pa nosotros Dios... ¡pa nosotros Dios eres tú!

Tú fuiste un hombre, con callos en las manos de ayudarle a tu padre José. Dijiste una verdad, y te azotaron, como nos pasa muchas veces a nosotros. Fuiste un problema y te quitaron de en medio, ni los sacerdotes ni el senado, ni el pueblo. Cuando las cosas te fueron mal tuviste miedo, como nosotros, eras un sencillo del pueblo, el hijo del carpintero. Un judío común de Jerusalén. Que por más ser hombre nació en un pesebre. Entre un buey y una mula. Como esos abuelos de este barrio que nacían en los cortijos. Hijos del aperaó, del labrador. Los aceituneros. Los pequeñines rebuscadores que pelaban nuestros campos tras de sus padres.

Tú eras y eres uno de los nuestros Señor. Y qué a gusto que estamos aquí contigo. Dios de la verdad, hay que ver los ratos que echamos aquí en Santiago. Que como me decía mi madre de chico: *“¡niño es que esa iglesia no cierra nunca!”*, y yo le respondía: *“¡es que la gente no se cansan de estar allí!”* Y así se concebía un día tras de otro junto a ti, en ésta tu morada. Que cuando la contemplo me devuelve tantos recuerdos y sentimientos. ¡Ay, y qué bien huele Santiago!

Señor, el aroma especial de ésta tu casa es un perfume como una especie de mezcla que contiene: la humedad de los ladrillos que le da carácter de antiguo, el incienso que lo diviniza, el aceite aflojalotodo de los tornillos de tu altar de culto y tó eso remezclado con el vapor del arroz con carne que viene de la lonja, y la bofetá del azahar de los naranjos de la plaza. ¡Ay qué bien huele Santiago!

Señor ¿tú has olido la caja de herramientas? Huele a polvorones, a figuritas de belén, el olor de la ilusión, la caja de herramientas tiene aromas de juventud. La caja de herramientas es la caja de la entrega, el símbolo de la hoja perenne, de la gotita continua, el tesón del buen hacer. Es la caja del empuje, una caja que está llenita de ganas. Es el revolotear de una cruz de mayo, la grapadora huele a margaritas, y los alicates huelen a claveles de apretar los cancamitos del paso de Santa Clara. Querubines blancos que revolotean por tu entorno, y portan a Santa Clara soñando que un día te llevarán sobre su costal, Señor de la Columna.

Y cómo suena Santiago; el sonido de una golondrina que repica en lo más alto de Carmona acariciando las nubes tan de cerca, que a veces no se sabe si se toca desde el cielo o desde la tierra. El elegante sonido de los cajones de la sacristía desplegándose para sacar las mejores galas una tarde de quinario, el tintineo de las cadenitas del incensario que se enjuga con el jugueteo de los del batallón de la sotana roja y el roquetillo blanco. ¿Tú te has dado cuenta que estás siempre rodeado de niños?

Los sonidos de Santiago son como un compact disc que se grava de chico y suena todos los días: en la pista uno el martillo de Macedo, en la pista dos, el traqueteo de las antiguas bancas, en la tres la aldabita del cancel. En la cuatro el susurro de las alpargatas que te pasean el Jueves Santo, y por la otra cara el desgarrar de una escoba que dulcemente acaricia los ladrillos de esta iglesia, el murmullo de un taller de costura, o el bote de una moneda que enciende una velita pa ti Señor. Verdad que suena bien SANTIAGO.

Yo tengo grabado uno de esos compact disc de chico. Y a veces pienso que me lo metieron por la cabeza. ¿Te acuerdas cuando me la abrí de un topetazo, en esa puerta, el día que te estábamos subiendo al paso del Vía Crucis? ¿Recuerdas cuando me dejaron apretar los tornillos de tu paso por primera vez? Cómo temblaba siendo un niño, cuando en un abuso de confianza, saltándome todas las reglas de conservación y protocolo, me acerqué en un gesto impulsivo y valiente, y te besé la espalda.

Sólo la fe puede explicarme el temblor que sentí al tener a Dios cogido por el talle, la mirada fija en tus azotes, y mis ojos se humedecieron poco a poco, y aún cuando te lo estaba contando, plasmándolo en este breve guión, he tenido que parar porque sigo temblando de ilusión por seguir a tu vera, porque aún se me empañan los ojos con la crueldad de las llagas de tu espalda.

¿Por qué te seguimos azotando Señor? Este mundo no ha comprendido tu mensaje. Sólo se trata de amar. En lo más amplio de la palabra, amar y punto. Es tan sencillo amar a los que nos aman, estamos tan a gusto dándonos a los que nos dan, mira qué bien nos llevamos Señor, estamos muy contentos juntos, cumplimos todo lo que Tú nos dices. Y se nos ponen los vellos de punta cuando decimos que nos queremos un montón gracias a ti, el Señor de la

Columna y estamos felices contigo y con los tuyos que somos nosotros. Y si esto es así, por qué sigue chorreando la sangre por tu espalda.

Será que es muy difícil amar a los que no nos aman. Porque sigo viendo tu espalda sudada en sangre, será porque no soy capaz de sonreír a los que no me sonríen. Tú te clavaste en un madero por nosotros y yo no soy capaz de regalar una sonrisa, de estrechar una mano. Es necesario que venga una banda de música a mi casa el día de Navidad para que le regale un kilo de arroz a un pobre.

Aún me sorprende que mientras yo te sigo azotando Tú nunca me has mirado como a un verdugo. Gracias Señor, yo sé que entre todas las cosas que eres, también eres mi amigo. Tú nos enseñaste a perdonar, porque ésa es la clave del éxito. Y puede que mañana me vuelva a equivocar pero sé que Tú siempre vas a estar esperándome, con tu sonrisa de buen amigo. Y comprender que Tú volverás a perdonarme, es comprender que yo también he de perdonar, sin exigencias.

Hay un cuadro ahí en la sacristía que tiene dibujada una vasija y a los pies un texto que dice: *Señor tú me has creado y conoces mi inmenso vacío*. Pues yo te pediría que llenaras esta vasija para que pueda dar mies. Muchas veces me hace falta un empujoncito, porque el corazón se queda encasquillado. Muchas veces quiero llevar la razón a costa de lo que sea, y la vida que Tú nos propones no es cuestión de razón, aquí todo es cuestión de amor, en la ilusión por la entrega está la verdadera felicidad.

Enséñame a llevarte sobre los hombros y ser tu costalero aún cuando no ciña costal ni faja, enséñame a presumir de fe, que como ahora no está de moda ser cristiano, a veces se nos olvida. Enséñame a ser un verdadero portador de Cristo todos los días del año. Ayúdame a que se note que Tú estás siempre conmigo.

Señor estaba yo pensando, que ahora estoy aquí hablándote en voz alta, y está todo el mundo pendiente a ver que nos decimos, pero se están enterando nada más que de lo que digo yo. Anda échame un cable y vamos a llevar esto entre los dos. Que como ellos no te escuchen a ti cuando yo te cuente las cosas que te cuento todos los días, se van a creer que estoy loco. Bueno, lo hacemos a tu manera ¿vale?, yo por el micrófono, y tú al corazón, el que tenga oídos para oírte que te oiga. Entonces ya podemos hablar más tranquilos. Yo sé que mis hermanos ahora te van a escuchar también a ti.

¿Señor, tú sabes que a mí eso siempre me preocupa? Claro que esto es el trabajo de todo un año, claro que después estamos na más que un ratito en la calle, pero ese ratito si nosotros lo disfrutamos, si sabemos aprovecharlo, somos capaces de casi tener a nuestros hermanos contentos todo el año. Somos capaces de dar esa sonrisa que Tú nos pides.

¿Este Jueves Santo va a llover Señor? Algunos no te oyen, ¿verdad? Es que algunos no entienden que sin caer una gota y con el sol radiante, puede llover un Jueves Santo. Algunos no entienden que puede haber otros aguaceros que empujan al sayón a pegar con más fuerza, Señor de la Columna, yo sé que Tú nos vas a ayudar a que deje de llover. Yo sé que nos vas a mandar un soplito de corazón, una mijita de alegría, muchísima ilusión para

acercarnos a los que nos necesitan, aunque en muchos casos sólo nos necesiten un día. Ellos te están escuchando como yo, cuenta conmigo.

Dime Señor, ¿estás triste? No, no, no Señor. Eso no, hoy no te voy a contar ningún chiste, que Tú sabes que eres al primero que se los cuento. Y que además eres el único que te ríes. Tanto me quieres Tú a mí que te ríes aún cuando te cuento los más malos. Hoy no te voy a hacer reír porque no se puede. Tú nos dijiste eso de que cuando nos dirigiéramos a ti, rezáramos el padre nuestro y ¡claro! pa alguna gente antigua que yo esté hablando aquí contigo es como si estuviera loco.

Cómo le explico yo a la gente que hay otras maneras de rezar. Y que Dios se alegra cuando estamos alegres y se entristece cuando estamos tristes. El Dios de Santiago es el de la gente que en mitad de la peoná se para, mira para arriba agarrado al cabo de una espiocha y habla contigo de tú a tú, para que no lo dejen parao, para que hoy no haga tanta caló, o para que llegue a su casa un poquito menos cansado para poder jugar con sus hijos.

Y la fe del pueblo no entiende de protocolo, ése eres Tú Señor, pero temo que algunos no te entiendan y por eso no me atrevo a terminar de hablarte como el padre nuestro que Tú eres. Que por rezar contigo de esta manera, algunos ya fueron puestos en duda. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Don Bosco?

Tras la muerte de Don Bosco se inicia el proceso de canonización para proclamarle santo. Y empiezan a traer documentos, hechos, testigos y milagros y se crea una comisión por el Vaticano para estudiar su vida, y se demuestra que verdaderamente este hombre se entregó por sus jóvenes, y luchó por el bien de cuantos tenía a su alrededor e incluso se preocupó de extender su forma de vida al mundo. Y en medio de ese proceso, cuando todo estaba claro para que lo proclamaran santo, el proceso se paró porque al Vaticano le surgió una duda. El Vaticano preguntó eso de: ¿y cuándo rezaba Don Bosco?, si estaba siempre con los muchachos y por la noche escribía cartas y preparaba documentos para preparar catequesis, clases, y aconsejar a las casas que estaban mas lejos ¿Cuándo rezaba Don Bosco?

El proceso de santidad se paró rotundamente. Entonces respondió Don Miguel Rúa su primer sucesor. ¿Y cuándo no rezaba Don Bosco? Es que toda su vida fue una oración a Dios. Ayudar a alguien y enseñarle a estar más cerca de Dios, eso también es rezar. Don Bosco fue de niño un labrador y sabía mirar para arriba, ¡y qué curioso!, más tarde, también vivió en Santiago.

Qué forma más bonita de rezar es mirarte a la cara, hablarte como a un verdadero padre y compartir las alegrías y las penas sin más protocolo que aquel sencillito: ¿cómo estás hoy Señor?

Cuántos de nosotros hemos llegado a Santiago esta mañana y nos hemos presentado ante ti, ¿cómo estás hoy Señor? Y después te hemos mirado a la cara y te soltamos la retahíla del día a día, que cada uno se las entiende contigo. Y con que paciencia nos escuchas.

Si hay una cosa que me gusta de ser de esta Hermandad, es que cuanto más miro a mi Cristo más me mira mi Cristo a mí. Con la cerviz semi-encorvada, la cabeza cabizbaja y la

mirada al frente. Con el rostro sereno que transmite tanta confianza. Rey de Santiago, en la serena pupila de tus ojos se adivina el rostro de tu madre.

Las gotas de sangre que dibujan el patíbulo, gritan fuerte como un estruendo, en el corazón de María. Cuánta paciencia debió de gastar la mujer de las mujeres, para ver como su hijo azotado y burlado, se abrazaba a la cruz y caminaba hacia el monte calvario.

Qué propuesta de santidad tan bonita nos transmiten esos primeros hermanos de nuestra Hermandad. Llegar al amor de Dios a través de la paz. La ciencia de la paz. Y nos presentan como modelo a María. María, madre de un hombre que está sufriendo injusta pasión. Y la agonía que padece esa madre, cual sólo se puede apagar agarrándose a la fe y con muchísima paciencia.

Y ahora, para que esto sea como tantas y tantas veces, de esas que yo te miro a la cara y te rezo de tú a tú. Para que sea exactamente como cada vez que yo vengo a Santiago a estar contigo, me tendrían que interrumpir en nuestra oración varias veces. Pero como hoy esto no va a pasar, porque te estoy rezando con un traje y un micrófono y hasta hay un cartel que lo anuncia, pues a nadie se le va a ocurrir saltarse el protocolo. Pues lo haré yo. Me interrumpiré yo solo. Un momentito Señor, ahora sigo contigo.

¡A ver, Miguel, que si vistes a los monaguillos que ya estoy acabando. Venga que me quedan nada más que dos minutitos!

¡Ea Señor!, pues ya ha sido como siempre y como siempre para terminar mándale un besote muy grande a mi padre que esta allí contigo en el cielo. Y permíteme esta salve para mi Virgen de la Paciencia.

Dios te salve María
en tu bendita paciencia.
Dios te salve María
es tu reino esta evidencia.

Llena eres de gracia
porque Dios está contigo.
Fe del barrio que sacia
la ilusión del destino

por ver a la madre del cielo
adivinando la caída de tarde
en la cerviz de un jornalero
corazón que de amor arde.

Madre de la Paciencia,
en este trocito de suelo
bendita sea tu presencia.
desde la tierra al cielo.

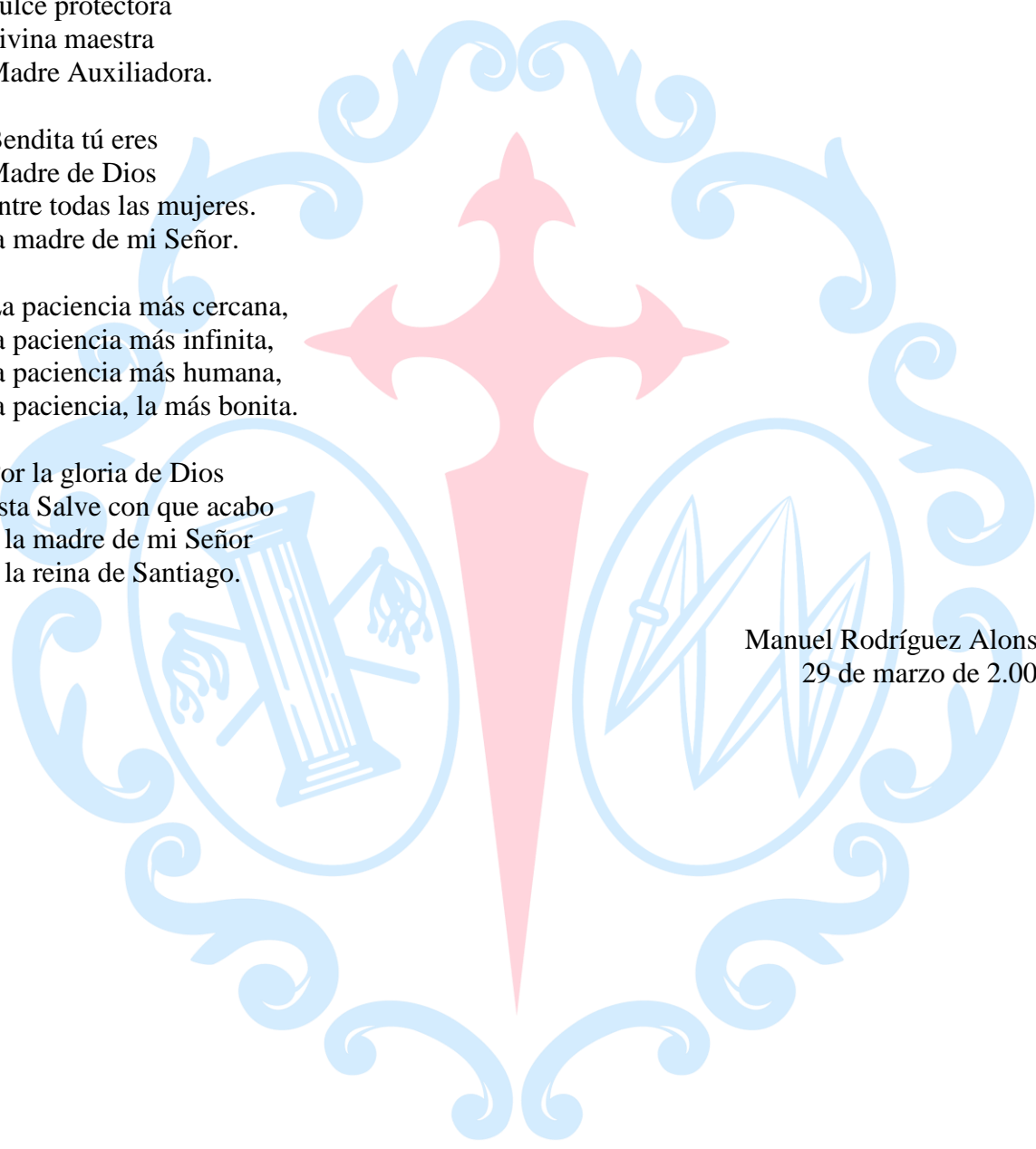
Ruega por tus penitentes
Santa Virgen María,
cada uno de los días
que nos quedan para verte.

Abogada nuestra
dulce protectora
divina maestra
Madre Auxiliadora.

Bendita tú eres
Madre de Dios
entre todas las mujeres.
la madre de mi Señor.

La paciencia más cercana,
la paciencia más infinita,
la paciencia más humana,
la paciencia, la más bonita.

Por la gloria de Dios
esta Salve con que acabo
a la madre de mi Señor
a la reina de Santiago.



Manuel Rodríguez Alonso
29 de marzo de 2.009